

MENTIR O NO MENTIR. ESA ES LA CUESTIÓN.

(EL CLUB DE LOS “NARICES ALARGADAS”)

“La verdad existe. Sólo se inventa la mentira”. Georges Bracque

“De todo lo que van a oír (leer) sólo una cosa es mentira...”

Así comenzó su alocución, no hace mucho tiempo, un buen amigo mío a quien mi envidia odia, mi entendimiento admira y mi corazón idolatra.

Aquí se lo retorno.

Apagaron las luces de la realidad y las luciérnagas de la ilusión falaz nos adentraron en un irreal universo donde el club de los narices alargadas nos abdujo sin piedad.

Evocadora música con aroma a tierra mojada y época de bonanza, humor fresco, directo, epidérmico (¡que me atravesó la piel, lo juro!) y sencillo, cacareado Hamlet de postín, mezcla agridulce de comedia genuina y ternura otoñal, geniales actuaciones individuales y empática coordinación grupal, celebradas reediciones de legendarios gags entrelazados con los nudos de la creatividad más tierna, dimensiones transmutadas saltando al edén por obra y gracia de la tecnología, el Shakespeare más ausente y la cálida historia familiar más subyacente, la voraz pescadilla de la estructura escénica que fagocita el teatro dentro del teatro (metateatro ¿recordáis?), los inagotables recursos de unos guionistas Amalteos, cartomagos del lenguaje barajando localísimos acentos transcontinentales (andalusí, Méjico lindo, yanki western...), modulando las inflexiones de voz, gestionando las pausas con acierto y dialogando con soltura y un maduro criterio para saber esperar a que se ahoguen los aplausos estertóreos del respetable antes de lidiar con el siguiente chiste, fabuladores caracterizando brillantemente roles típicos (padre cascarrabias, madre comprensiva, amantes celosos, jóvenes soñadoras, adolescentes angustiados, dulce melancolía en la ancianidad, sensibles timoratos, seductoras estrellas, constelaciones de bisoños neoamantes, galaxias de mentirosos caritativos...), verdades como puños edulcoradas con deliciosas mentiras, ironías disfrazadas de bromas desnudando la esencia de nuestras más inconfesadas verdades, ritmos danzados, danzas de sueños, y promesas -renovadas año tras año- de hacernos soñar con medias mentiras y una sola verdad: esto es teatro. Esto es Pilar Teatre.

Con sus piruetas, con sus risas, con sus bromas, con sus falacias, preguntaron al público si creemos en lo que vemos o preferimos creer en lo que sentimos, si sentimos lo que creemos o nos contentamos con ser lo que de nosotros se espera, con aceptar la verdad que se nos ofrece o, si por el contrario, estamos dispuestos a digerir una ficción divertida, apasionada, salvajemente caótica y surrealista, ilusionante, esforzada y generosa. Cuestionaron con acierto la bondad de las verdades que nos subyugan y nos

regalaron un embuste engalanado de genialidad interpretativa y compromiso colectivo que a todos nos encantó, a muchos nos hechizó, y a alguno lo sumió en profundas reflexiones.

Porque son los mentirosos quienes más nos hacen soñar (“basta ya Sr Verne, Sr Tolkien, Sr Dumas,...,que se está Vd. pasando...”), quienes más nos hacen reír, quien más nos hacen pensar, porque la verdad YA existe, y lo realmente meritorio es mentir con gracia... ¿verdad Sr. Bracque? ¿Qué es, si no, la literatura de ficción? ¿Qué es, si no, el teatro, el cine, la pintura..? Preciosas mentiras.

Aceptamos la mentira gregaria, asumimos que mentir es necesario para la supervivencia (aunque ninguno lo reconozcamos públicamente), y nos mentimos a nosotros mismos porque sólo así podemos superar nuestras limitaciones y miedos. Menos mal que somos así de crédulos. ¿O jugamos a creérnoslo todo porque así lo preferimos? Menos mal que alguien tuvo redaños y talento para mostrarlo.., sin decirlo.

Pero cuando la mentira colectiva despierta nuestros instintos más ocultos, cuando apreciamos el valor de embaucar, de fabular, de inventar, de provocar risas sinceras (¡no forzadas!), aplausos, vibraciones internas, sensaciones de desinhibición absoluta, entonces queremos -¡deseamos ardientemente!- dejarnos engañar. Queremos vivir vidas paralelas, alternativas, falsas, es cierto, pero apasionantes. Preferimos la pasión ficticia a la insulsa realidad, que de esa ya tenemos mucha, ¿verdad? (¿o mentira?) Probablemente deseamos vidas mucho más atractivas que la propia. Mucho más sentidas. No queremos que nadie nos cuente lo que somos, que eso ya lo sabemos, sino lo que podríamos llegar a ser. Preferimos que nos mientan y nos hagan sentir otro. De lo nuestro, ya estamos hartos. Y si encima siento una agradable sensación en el estómago (a mí me pasa una vez al año, más o menos por estas fechas) que nos obliga a refrenar ese grito visceral que pugna por precipitarse hasta el escenario de puro júbilo, si me caen lágrimas de satisfacción, de alegría, de risa descontrolada, ¿de emoción? (no, eso seguro que es *mentira*), si la historia cautiva y encandila, si el reloj se para (figuradamente), si deja un regusto a insatisfacción al finalizar (más, más, más,...), si te corroe la envidia y el orgullo a partes iguales viendo a los chavales pasárselo cañón allá abajo en el escenario,.., entonces podemos colegir, sin duda, que esta mentira es puro arte.

Eso debe ser arte. La capacidad que tiene un creador/es de mentir a un colectivo con elegancia, con chispa, con ingenio, con gracia y, sobre todo, con una desmesurada creatividad. Shakespeare lo hizo, y Pilar Teatre, también.

Y mientras secundaba a mis acompañantes de la platea en aquel ensordecedor batir de los rítmicos aplausos con que despedimos a los jóvenes prodigios, mientras escuchaba al director pronunciar aquel “quien no inventa, no vive”, mientras intentaba calmar mi excitación al visionar esa guinda audiovisual con el maravilloso escenario de mi casa (ay no, de mi patio,..., ¡que es mi casa!), un anhelo esperanzador ocupó mi mente: Pilar Teatre, por favor, ¡miénteme cada año!

Pero dame vida.

Ya lo dije (que yo recuerde hasta en dos ocasiones), pero me reafirmo: la ficción también alimenta el espíritu.

Sin embargo, yo venía preparado para la escena de la calavera. Yo quería oír aquel “ser o no ser. Esa es la cuestión”. Y me he encontrado con un “Mentir o no mentir...”. Me siento defraudado y engañado. Me han mentido. Jamás volveré a ver a Pilar Teatre.

¡Pero qué mentirosos!